

Sociedad con Dios

Llegué a la iglesia cuando solo tenía 17 años. Aunque tenía amigos y familiares dentro de la iglesia, que de alguna manera influyeron en mí para entregarme a Jesús, mi hogar y mi círculo familiar más cercano no era creyente. Por ende, mis primeros años en el adventismo no fueron tan fáciles.

La disfuncionalidad familiar, los vicios, el secularismo y algunos malos hábitos bombardeaban mi mente constantemente y con mayor frecuencia que mi conexión con Dios.

De alguna forma gozaba de ciertas libertades, no fui perseguido por mis padres ni mis hermanos, pero siempre trastocaban lo que deseaba ser y lo que deseaba que ellos fueran, verdaderos seguidores de Jesús.

Tres años después de haberme bautizado, me fui al seminario para prepararme en el ministerio pastoral con todo el apoyo de la familia y la iglesia. Mi padre, la noche antes de mi partida, me contó una parte de la historia de mi vida que solo él podía contarme; puesto que, aunque se trataba de mí, había sido una experiencia entre él y Dios.

Resultó que, cuando yo nací, mi madre tuvo un percance que pudo haberle costado la vida a ambos, pero ese día él prometió a Dios que, si mi madre y yo salíamos de eso, él me dedicaría para ser un pastor. Y el milagro obviamente ocurrió, mi madre vive y yo también. Esta historia confirmó mi llamado, y al día siguiente partí convencido de que Dios me había llamado al santo ministerio. (Además, de cinco hermanos, solo a mí no me bautizaron en la religión popular).

En el seminario aprendía cada vez más sobre la misión que Jesús nos encargó, y una profunda angustia por mi familia me asediaba en todo momento, sobre todo, cuando en

mi experiencia diaria veía personas, familias, vidas transformadas por el poder de Dios y su Palabra. Por eso trataba de viajar con más frecuencia adonde mi familia y les hablaba de Jesús y la salvación que se obtiene en él.

Sin embargo, mis palabras eran infructuosas y mi desespero era cada vez mayor. El alcohol estaba acabando con mis padres. Los conflictos y los malos hábitos entre mis hermanos los llevaban inexorablemente a la autodestrucción, la ruina y hasta la muerte si no hacía algo. Hasta que un día, en la soledad de mi habitación caí de rodillas y dije: «Señor, me rindo hoy ante ti, reconociendo que no puedo hacer esto solo, no encuentro formas ni palabras para convencer a mi familia de tu amor. Por eso hoy quiero pactar contigo. Encárgate de mi familia y yo me encargaré de lo que tú me pidas que haga».

Ese día tuve paz y empecé a ser socio del Señor. Apliqué el principio de sociedad con Dios en todos los aspectos de mi vida. Trabajo para él y es mi mejor inversión. Me fundamento en las palabras de Mateo: *«Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas»* (Mat. 6:33). Mi tiempo es para él, su eternidad me la da él; mi talento es para él, su victoria es mía; mis recursos son para él, mi sustento es él. Como decía Pablo: *«Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús»* (Fil. 4:19). Mis padres hoy sirven a Dios, mis hermanos casi todos siguen al Señor y yo sigo cumpliendo la parte que me toca en este mundo.

Pr. Eduar Roque,
Unión Venezolana Occidental.